

parecerá muy bien siempre y a todos, exceptuados los de mente fosilizada e incapaz de elevarse del ras del suelo pragmático, acostumbrados a presentarse con el «¿para qué sirve esto?» utilitario o cómodo.

Manuel GUERRA

Josef BLANK, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona, Editorial Herder, («El nuevo Testamento y su mensaje», 4/1A, 4/1B, 4/2, 4/3), 1979-1984, 425, 369, 297, 215 pp., 12 x 20.

Es de notar que tanto la traducción como el original de esta obra se comenzó a publicar por los tomos finales. Así los tomos 4/2 y 4/3 se publicaron en 1979 y 1980, mientras que los tomos 4/1A y 4/1B se han publicado en 1984. El tomo 4/2 tiene en español una segunda edición de 1980. Las ediciones alemanas datan de 1977 y 1981. Este comentario rompe, además, el estilo y amplitud, que suelen tener los comentarios de esta colección (cfr. p. 7), orientada principalmente hacia el gran público y con un enfoque ascético y espiritual.

El tomo 4/1A consta de un prólogo (p. 7), una selección bibliográfica (p. 11), de diversas cuestiones introductorias (bajo el epígrafe de «SingULARIDAD literaria», p. 3), del texto y comentario a los cc. 1-6. El c. 5 lo traspone después del c. 6, pasándolo por tanto al tomo 4/1b. En este tomo tenemos, después de una breve selección bibliográfica, el texto y comentario de los cc. 5 y 7-12. El volumen tercero, tomo 4/2, comienza con un sumario al que, sin embargo, no añade como en los volúmenes anteriores el sumario con las páginas correspondientes de las perícopas comentadas. Esto dificulta el uso del libro, máxime cuanto tampoco en el interior nos indica, como sería de desear, los textos que está comentando.

El volumen 4/2, al ser el primero publicado, tiene un prólogo con una introducción exegética y teológica, pasando luego al texto y comentario de los cc. 13-17. El tomo 4/3, que contiene los cc. 18-21, se inicia con una introducción, justificada por el A. con la peculiar perspectiva que el relato de la pasión y muerte de Cristo tiene en el IV Evangelio. También el sumario inicial de este tomo carece de toda referencia a las páginas, que contienen las diversas perícopas de estos capítulos, con lo que ello entraña de dificultad en la consulta y uso del libro.

En cuanto a las características de la obra, afirma el A. que «por lo que se refiere a la exégesis, se trata aquí de un comentario que pretende familiarizar al lector con las cuestiones crítico-literarias, de historia de la tradición y de la religión, así como con los problemas teológicos de la exégesis joánica, más a fondo que hasta ahora» (p. 8, t. 4/1A). En la exposición exegética hace una distinción entre exégesis y meditación, considerando esta última como una «transposición (del

texto) a la problemática actual» (ib.). En otro momento afirma que este «comentario mira sobre todo a la meditación» (p. 8, t. 4/2). Se sigue el mismo orden en todo el desarrollo: a) una exposición aclaratoria de temas teológicos relacionados con la perícopa en cuestión; b) una «imprescindible información exegetica»; c) para terminar con lo que el A. llama «una meditación razonada» (p. 14, t. 4/2).

Aborda el tema de la autenticidad del IV Evangelio al hablar de la unidad de este libro neotestamentario, aunque se limite entonces a exponer las corrientes más importantes de interpretación en el área alemana (a la que se suele limitar, también en la bibliografía), entre las que destaca las representadas por Ruckstuhl, Bultmann y Schnackenburg. Más adelante refiere los testimonios de la tradición, en especial la representada por Papías y San Ireneo, puesta en tela de juicio por la crítica moderna con las más dispares hipótesis. «Entre esas hipótesis, cuya exposición nos llevaría aquí demasiado lejos, me parece que cada vez cristaliza mejor como la más plausible la hipótesis de un 'círculo de discípulos joánicos' con un destacado jefe o maestro, que sería luego el evangelista, entendiendo a la vez ese círculo como soporte de la tradición joánica» (p. 65, t. 4/1A). En el tomo 4/2 vuelve a referirse a la autenticidad remitiéndose al comentario de Schnackenburg. Considera que «la designación de 'Juan' se mantiene por motivos tradicionales. Pero es de importancia relativa el que se entienda por tal un fiador del círculo de los discípulos de Jesús; en tal caso se comprende que no es el autor literario de este escrito sino más bien quien respalda la tradición joánica sobre Jesús» (p. 9, t. 4/2). Poco después afirma que «ese hombre ciertamente no pertenecía ya a la generación apostólica» (ib.). Es esta una afirmación, a nuestro entender, carente de fundamento serio.

En cuanto a la unidad literaria del IV Evangelio, destaca el A. los argumentos de Schnackenburg en favor de la unidad e integridad del texto, aunque admitiendo algunos retoques y añadidos de redacciones diversas. A pesar de ésto, «no parece necesario admitir intervenciones o cambios redaccionales mayores; así mismo sería superfluo postular varias redacciones sucesivas» (cita de Schnackenburg en p. 32, t. 4/1A). Nos parece acertado al observar que «el objetivo de la exégesis es la interpretación del texto actual, no la reconstrucción de turno» (ib., p. 62-63). En cuanto a su propia opinión afirma: «en principio continuo considerando todavía hoy adecuada la línea interpretativa que desarrollé en mi trabajo *Krisis* y que sólo me aparto de la misma allí donde con el paso de los años he llegado a concepciones diferentes» (p. 33, t. 4/1A). En esa postura personal, reconoce el A., «han entrado en buena medida en el comentario de Jn de mi venerado amigo y maestro Rudolf Schnackenburg...» (p. 33, t. 4/1A). En otro pasaje, al comentar Jn 17 dice: «También aquí se evidencia una vez más que para la interpretación y exposición del evangelio de Juan no se gana demasiado con operaciones crítico-literarias ni con trasposiciones textuales. Lo decisivo es siempre el argumento o tema que el texto presenta» (p. 250, t. 4/2).

En cuanto a la importancia de los símbolos en el IV Evangelio, piensa el A. que «sin un rastreo de la importancia existencial de los sím-

bolos mitológicos-religiosos jamás tendríamos acceso a la interpretación e inteligencia del Evangelio según Juan» (p. 346, t. 4/1A). Este uso de los símbolos no implica la falta de historicidad del IV Evangelio, aunque es cierto que, como ocurre con los sinópticos, tampoco «es la reconstrucción histórica el objetivo teológico de su trabajo, sino el hacer presente a Jesús en la Iglesia de su tiempo» (p. 11, t. 4/2). Esto no supone una despreocupación por el hecho histórico en sí. «El retorno a Jesús de Nazaret es para él tan importante como el problema de la nueva formulación del mensaje de Jesús para su propio tiempo, su entorno y sociedad. Sin el Jesús histórico, por cuya coordinación histórico-geográfica se esfuerza Juan con todos los medios de que dispone, no hay cristianismo para este teólogo y evangelista» (p. 12, t. 4/2).

El reconocimiento de la historicidad del IV Evangelio se repite al hablar del proceso de Jesús, aduciendo como prueba un texto de Flavio Josefo (cfr. p. 22, t. 4/3). También en los relatos de la resurrección de Cristo afirma: «Cierto que laten ahí reminiscencias históricas y fragmentos de tradición, por lo general en una forma muy reveladora; pero su objetivo fundamental es el testimonio en favor del resucitado y de su importancia presente, no un interés histórico» (p. 150, t. 4/3).

Esa aceptación de la historicidad del IV Evangelio es, sin embargo, abandonada en otros momentos. Así considera que el pasaje de la presencia de María en el Calvario (Jn 19, 25-27) es «una creación joánica» (p. 121, t. 4/3). Citando a Dauer, dice que «no es nada inverosímil que hubiera confiado su preocupación al discípulo que le era particularmente leal. Pero el evangelista *cambia el lugar y tiempo de esa disposición*, trasladándola a la escena de la crucifixión» (p. 121, t. 4/3). Opina también que San Juan habla siempre de la Virgen de una forma «muy genérica y estereotipada, hasta el punto que cabe preguntarse si el cuarto evangelista sabía algo en concreto sobre la madre de Jesús. En caso afirmativo ciertamente que no nos lo ha transmitido» (p. 122, t. 4/3). Afirmar ésto es desconocer el valor inestimable de los datos que San Juan aporta a la mariología. Un poco más adelante acepta la postura de Bultmann sobre esta perícopa, negando su historicidad de nuevo, a pesar de que hoy día es una opinión ampliamente rebatida y superada (cfr. p. 123, t. 4/3). Sin embargo, se opone a Bultmann al rechazar las teorías de éste sobre la influencia del gnosticismo en el IV Evangelio (cfr. pp. 7, 83, 89, de t. 4/1A). Aunque admite diversas corrientes subyacentes en el texto joanneo, estima que la predominante es la semita.

Entre las motivaciones prácticas, o pastorales si se quiere, destaca una que el A. manifiesta: «El peso principal de este comentario de Jn 1-12 está en el diálogo con el judaísmo... Como alemán y como cristiano me he sentido obligado a estimular un poco, por esa vía, la reflexión personal y autocrítica de los cristianos; lo que me parece ineludible después de la aniquilación de los judíos, tras el holocausto llevado a cabo por los nazis» (p. 9, t. 4/1A). Creemos que en este

punto nuestro A., llevado por un absurdo complejo de culpabilidad, cae en la trampa de quienes han querido, injustamente, achacar a la Iglesia, y en especial al IV Evangelio, las raíces del antisemitismo. Así, de modo gratuito, afirma que «el Evangelio según Jn es un texto que ha hecho historia, no sólo historia dogmática positiva, sino también una historia sangrienta por sus afirmaciones antijudías» (p. 151, t. 4/1A). Más adelante se pregunta: «¿Qué es lo que se debe mantener de la fe cristiana en la mesianidad de Jesús, en su filiación divina, cuando en base a esa fe se ha podido llegar a una opresión milenaria de los judíos, a los *progroms* de la edad media y de hoy, al holocausto?» (pp. 152-153, t. 4/1A).

Ante todo hay que decir que el antisemitismo era ya una triste realidad antes del cristianismo, incluso es preciso recordar que las primeras persecuciones contra la Iglesia se debieron a que los perseguidores confundían a los cristianos con los judíos. Cuando Israel fue borrado del mapa, tras el asedio de Jerusalén, la Iglesia apenas si había comenzado su historia, y sus componentes eran en su inmensa mayoría todos judíos. Por otra parte al juzgar los hechos antiguos hay que hacerlo con lo que podemos llamar ecuanimidad histórica. Es decir, hay que juzgar una época de acuerdo con los criterios y costumbres de esa época. Esa justa comprensión, no sólo hacia la Iglesia de entonces, sino hacia todos los pueblos de la antigüedad, no significa justificar lo injustificable, pero intenta explicar lo que en aquellos tiempos parecía normal e incluso necesario. Además, es bien sabido que ante el nacismo la Iglesia protestó por aquellos desmanes, muchos de ellos entonces ignorados y conocidos posteriormente. Son aspectos que el A. no tiene en cuenta, juzgando y culpando a la Iglesia de manera despiadada e injusta. Es posible que con sus palabras algunos sectores sionistas se sientan halagados, pero difícilmente con ánimo de reconciliación. Con lo cual el deseo del A. de contribuir «a la fe de una *ecumene* cristiana y a la paz entre judíos y cristianos» será un deseo fallido.

Esta postura de crítica abierta y dura contra la Iglesia se repite a menudo, cayendo en un *meaculpismo* que, aparte de dañar la imagen de la Iglesia, es una injusticia y no conforme a verdad. A modo de ejemplo citemos algunos pasajes. Así al hablar de la tolerancia pregunta: «¿Puede esa idea compaginarse de una manera coherente con la pretensión de la verdad absoluta?... Existe una pretensión de verdad absoluta, que aparece como abstracta y totalitaria; es la que han defendido y defienden principalmente los católicos» (p. 265, t. 4/1B). A esto habría que decir que si alguno no está convencido de estar en la Verdad, está en la no Verdad, en la mentira, y obligado entonces a salir de esa situación y buscar la Verdad. En otro momento parece, sin embargo, contradecirse al reconocer que «la revelación de Jesús pretende ser la religión y verdad salvífica exclusiva, única y absoluta, que ha de excluir cualquier otra pretensión de índole similar... Conviene no exagerar apologeticamente ese problema, ni tampoco darle de mano» (p. 259, t. 4/1B). No obstante, hablará de nuevo en términos contradictorios: «Hoy existe una multitud de Iglesias cristianas; lo cual

relativiza la pretensión del catolicismo romano de ser el único que está 'en posesión de la verdad'. Y ello con toda razón... muchos postulados neotestamentarios apenas si se han cumplido en el catolicismo» (p. 266, t. 4/1B). Nos parece ésta una afirmación gratuita, máxime cuando no se pone ni un sólo ejemplo que la confirme. Como era de esperar acude también a las quemas de la Inquisición, repitiendo los consabidos y poco documentados tópicos (cfr. p. 172, t. 4/2).

En la traducción no siempre es consecuente. Así en p. 238, t. 4/1B traduce la palabra griega *lestés* de Jn 18, 40 por ladrón, mientras que en la p. 12, t. 4/3 la traduce por asesino. En alguna ocasión recurre a la Vulgata. Parece ignorar, en cambio, la Neovulgata pues jamás alude a ella, a pesar de que la obra original alemana se terminó de publicar en 1981, cuando ya hacía dos años que la Exhortación Apostólica *Scripturarum thesaurus* había promulgado la edición típica de la Neovulgata. En conjunto resulta una obra bastante irregular, donde se entremezclan posturas contradictorias, elementos de alta investigación, inadecuados para el lector medio, y cuestiones pastorales, ajenas a veces a la línea predominante en esta colección.

Antonio GARCÍA-MORENO

E. COTHENET-L. DUSSANT-P. LE FORT-P. PRIGENT, *Escritos de Juan y Carta a los Hebreos*, Madrid, Eds. Cristiandad («Introducción a la lectura de la Biblia», 10), 1985, 342 pp., 13 x 21.

Esta colección, según se dice al principio, «aspira a ser el instrumento de trabajo y reflexión esperado por grupos bíblicos, comunidades o simples lectores. No se dirige a especialistas, sino a ese amplio público que desea leer y comprender la Biblia. De ahí que se hayan redactado todos sus volúmenes en forma eminentemente didáctica y formativa» (p. 4). No obstante la lectura de esta obra requiere una cierta formación bíblica y teológica, no poseída por ese «amplio público» a quien se destina. Es preciso aclarar que, de los autores, Cothenet y Dussant son católicos, mientras que Le Fort y Prigent son protestantes. Así se explica en la presentación por parte de uno de los directores de la colección, André Paul.

El hecho, un tanto llamativo, de que los escritos joánicos sean tratados por autores diversos, se justifica diciendo que «entre el cuarto evangelio, las tres cartas y el Apocalipsis hay, curiosamente, un aire de familia, así como diferencias considerables. Al confiar este trabajo a tres autores diferentes, el editor ha pretendido ayudar a los lectores a captar dichas variaciones joánicas, para que aparezcan mejor las semejanzas al final del recorrido» (p. 13). Así E. Cothenet trata lo concerniente al Evangelio de San Juan, P. Le Fort las cartas joanneas y P. Prigent estudia el Apocalipsis.